

—¿De qué me sirve que mañana sea sábado si van a venir las monstruas? Y no mañana, sino hoy, dentro de un rato. Todo se me fastidia. ¡Toditito! —dijo Andrés mientras le daba una patada a sus tenis, que salieron volando al techo.

Si hasta su misma mamá cambiaba cuando ellas aparecían, para convertirse en otra mamá que nadie soportaba, y, además, a lo mejor ya ni siquiera lo quería a él tanto como antes: siempre les daba la razón a ellas.

—¿Qué haces, Andrés? Con tus berrinches vas a ensuciar las paredes acabadas de pintar. Salvador se va a enojar mucho.

—¿Salvador? ¿De qué?, quisiera yo saber.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada.

—Pues más te vale. Y más te vale no complicar las cosas. Susy y Lucy no tienen la culpa de tu malhumor.

Pero Andrés no estaba dispuesto a aguantar a las tontas gemelas. Bastante difícil era tener que soportarlas un fin de semana, para el otro tener que ir a casa de su papá, que cambiaba de novia como cambiaba de coche. Al menos lo del coche era divertido. Sobre todo porque a veces le dejaba meter las velocidades. Al único que no cambiaría en la vida era a su amigo Diego. Estaba seguro de que entre los dos planearían algo bueno contra esas tontas y su ejército de barbies. Esas muñecas, ahora que lo pensaba, se parecían a las novias de su papá.

—Además, Andrés, no entiendo por qué te molestan tanto; después de todo, una casa con más niños es más divertida.

—Tú lo has dicho, madre, con más niños, pero no con dos tontísimas niñitas que ni siquiera son mis hermanas y que chillan todo el tiempo.

—Porque tú las haces llorar.

—Yo no las hago llorar, ellas lloran de todo: que dónde está mi muñeca número veinticinco, que queremos ver las caricaturas, que Andrés nos asustó, que...

—Ya no sigas, me vuelves loca, y además, no tienes más remedio que aceptarlo, así que más te vale portarte bien y llevar la fiesta en paz.

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta? Los fines de semana se parecen a cuando se murió la abuela Emilia.

Andrés dio un portazo y se fue al departamento de Diego. Al menos ahí no llegaban nunca las gemelas. Pero

nadie le abrió la puerta. Entonces bajó hasta el jardincito del edificio y se puso a buscar entre la tierra. Una enorme sonrisa apareció en su cara pecosa. Ya de vuelta en la casa seguía aún sonriente. Su mamá le había abierto la puerta, contenta de verlo de mejor humor. El niño se fue a su cuarto y buscó en los cajones de su escritorio. Después, sigilosamente, con un frasco en una mano y una cuchara en la otra, volvió al pasto. Su sonrisa era cada vez más grande.

Cuando subió a la casa de nuevo, se encontró con un rico olor a papas fritas en la cocina y a su mamá tarareando la canción de siempre. Ella no se dio cuenta del bulto que el niño llevaba debajo del brazo. Andrés caminó a su cuarto con calma. Con tanta calma que más parecía andar por el consultorio del doctor cuando te está esperando con una jeringa en la mano. Pero luego empezó a sentir el peligro, porque si no se apresuraba, su botín, que ya se le empezaba a resbalar, caería al suelo. Entonces se dispuso a guardar su tesoro en el acto.

Mientras encendía la computadora oyó primero el ruido de la llave y luego las voces chillonas de las monstruas y la risa de Salvador. Cómo tardaba en despertar la pantalla; era como si también se hubiera puesto en contra suya. Andrés hubiera querido meterse en uno de los imperios del programa y ser Atila, el huno, y destruir el horrible imperio de las barbies, claro que empezando por sus capitanas Luxi y Suxi Fuchi. Cuando sea grande va



a ser ingeniero de programas y agregará ese imperio horrendo al programa. Segurísimo que se hará millonario, porque todos los hombres del mundo lucharán para exterminarlas con todo y sus miles de ropas tontas. Bueno, pero también le gustaría ser doctor y pasarse operando todo el día como su tío Sergio y el tío Sergio grande, el hermano de la abuela Emilia.

—Ya llegamos, Tere. Hola, Andrés. Niñas, saluden.

Andrés respondió con el “hola” más desabrido del universo y cerró la puerta de su cuarto. En la pantalla, Atila, el huno, luchaba derribando las torres enemigas. Incendios por todas partes. Su mano movía el *mouse* con toda la rapidez posible mientras pensaba que el horrible imperio de Suxi y Luxi Fuchi se estaba quemando.

Pero de pronto se dio cuenta de que de veras olía a quemado.

—¡Dios santo! Se me achicharraron las papas —gritó la mamá—. Nos hemos quedado sin cena.

“Es el colmo de mi mala suerte”, pensó el niño, “con lo que me gustan. Eso tenía que pasarme hoy, precisamente hoy”.

—Ya no te preocupes, Tere, saldremos a comer algo. No es el fin del mundo. ¿Adónde iremos? —preguntó Salvador. La puerta del cuarto de Andrés se abrió al ins-

tante. No fuera a ser que las gemelas lo decidieran solas. Y seguro que Salvador les daría la razón a sus hijas.

Parecía no haber modo de ponerse de acuerdo; pero después de un rato el coche iba rumbo a un lugar de ricas tortas de jamón y queso con aguacate. En el asiento de atrás, Lucy y Susy estaban muy acompañadas por una muñeca cada quien. Andrés se alejó de ellas lo más que pudo. Pero sintió una patada.

—Quédate en tu lugar, ¿no ves que me estás pateando?

—Es que se me cayó mi muñeca.

—¿Pues para qué la trajiste, si vamos a cenar y no a jugar a la casita? Ñaca, ñaca.

De pronto el coche empezó a enchuecarse para caminar. Parecía un borrachito que se fuera dando tropezones por la calle.

—Sólo esto nos faltaba —dijo Salvador—. Debe de ser una llanta baja. Voy a revisar.

Con sólo mirarle la cara, a nadie (ni a las gemelas) le quedó la menor duda de que eso era.

—Tengo que cambiarla, ¿me ayudas, Andrés?

—Pues qué remedio.

Cuando los días empiezan mal, poco a poco se van descomponiendo más cada vez. Eso Andrés lo sabía muy bien. El día que no haces la tarea, te la piden a ti aunque haya miles en la clase. Y hay sopa de betabel. Y Diego no está en su casa. Y se te pierde tu balón firmado por los

Pumas. Y tu mamá está furiosa. Y tu papá está paseando con su novia. Y...

—La llanta de refacción está desinflada —dijo Salvador—. Esto se nos complica porque no podemos llegar muy lejos así.

—Tengo mucha hambre —dijo Lucy.

—Yo también y también mi muñeca —dijo Susy.

—Las muñecas no comen, no seas tonta —dijo burlo-namente Andrés.

—No empieces, Andrés —dijo su mamá—. Ellas son más chicas, no las molestes.

Los cinco no tuvieron más que cerrar muy bien el coche y dirigirse hacia un letrero iluminado.

—Aquí comeremos algo y luego veo lo del coche.

Los tacos no estaban muy buenos pero tampoco muy malos. Aunque las gemelas se quejaron porque tenían ce-bolla y picaban mucho. Y Andrés disfrutó con verlas to-ser y casi ahogarse por el chile.

—Me quedo a ayudar a Salvador —dijo el niño en lo que las tres mujeres se subían al taxi. Al menos así se li-braba un rato de ellas.

—¡Ey! ¡Ey! ¿Qué hacen?

Dos hombres estaban muy cerca del coche y, al verlos, uno se llevó amenazadoramente la mano a la cintura, mientras el otro los miraba muy feo. Andrés sintió que el corazón le latía como turbina de avión. Salvador lo tomó

